



Secuencia. Revista de historia y ciencias
sociales

ISSN: 0186-0348

secuencia@mora.edu.mx

Instituto de Investigaciones Dr. José María
Luis Mora
México

Acevedo Rodrigo, Ariadna

Peter Guardino, *The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*, Duke University
Press, Duke, 2005, 405 pp.

Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales, núm. 67, enero-abril, 2007, pp. 183-187
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=319127422006>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Reseñas

Peter Guardino, *The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*, Duke University Press, Duke, 2005, 405 pp.

¿CONVERGENCIA O DIVERGENCIA? LA CULTURA POLÍTICA DEL PUEBLO Y LA ELITE

El estudio de los cambios y continuidades antes y después de la independencia se ha visto enriquecido recientemente por un análisis a nivel sub- o supranacional, y por el intento de rescatar el punto de vista de las mayorías.¹ El libro aquí reseñado esconde el nivel subnacional (la ciudad de Antequera/Oaxaca y el distrito rural de Villa Alta en el estado de Oaxaca) y un enfoque “desde abajo”. A diferencia de Eric Van Young, quien también toma una región (si bien más amplia) y se ocupa principalmente de los campesinos indígenas, Peter Guardino añade al estudio de la población rural el de los “plebeyos urbanos” y en-

cuentra que los cambios a partir de 1810 si no arrasadores si fueron significativos, y que “los de abajo” se vieron en la necesidad de utilizar el nuevo lenguaje y adoptaron selectivamente algunos aspectos del republicanismo.²

Los historiadores ya han señalado la diferencia entre la perspectiva de Guardino en su anterior libro sobre Guerrero y la de Van Young.³ Mientras que el último defiende la tesis de la divergencia entre la ideología o mentalidad de la élite y la de los campesinos, enfatizando el localismo y comunitarismo de los últimos, Guardino sustenta el argumento opuesto: la convergencia en algunos puntos cruciales de élite y campesinos, destacando la capacidad de estos últimos para apropiarse de discursos y prácticas modernos.⁴ Sin embargo, en su nuevo libro, si bien Guardino considera que Van Young se equivoca al menospre-

² Eric Van Young, *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, FCE, México, 2006 (1a. ed. en inglés, 2001).

³ Guy Thomson, “Review of Peter Guardino, Peasants, Politics and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1837”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 30, núm. 1, 1998, pp. 190-192.

⁴ Tomo prestados los términos de divergencia y convergencia de Alan Knight, “Eric Van Young, *The Other Rebellion* y la historiografía mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. LV, núm. 2 (214), 2004, pp. 445-515.

¹ Para una útil reseña de los nuevos trabajos, incluyendo temas y perspectivas que aquí no podemos tratar, véase Alfredo Ávila, “De las independencias a la modernidad. Notas sobre un cambio historiográfico” en Erika Pani y Alicia Salmerón (coords.), *Conceptualizar lo que se ve. François-Xavier Guerra historiador: homenaje*, Instituto Mora, México, 2004.

ciar las conexiones entre los de abajo y el mundo más allá de su comunidad (pp. 9, 10, 284-286), matiza sustancialmente la tesis sostenida en su anterior investigación por así ameritarlo el caso de Oaxaca.

El nuevo trabajo complementa el anterior y contribuye a profundizar una perspectiva "desde abajo", alternativa tanto a las tesis de la divergencia de Van Young y François-Xavier Guerra como a las de la convergencia que dibujan una convivencia entre élites y pueblo demasiado idílica.⁵ En este sentido, se une al corpus desarrollado en la última década por historiadores como Antonio Annino, Michael Ducey, Antonio Escobar, Romana Falcón y Guy Thomson. En términos conceptuales, el libro no hace nuevas propuestas. A pesar del uso del término "subalterno" y alguna referencia a Ranajit Guha, el análisis de Guardino debe más a la historia social clásica, en su versión de historia política "desde abajo", que a los más recientes gurús de la historia cultural y a los estudios poscoloniales. El resultado es estimulante, pero se echa de menos un mayor desarrollo de los conceptos clave, que sitúe más claramente la posición del autor frente a investigaciones afines.

El anterior trabajo de Guardino destacó la crucial participación política de los campesinos de Guerrero en las luchas por el federalismo en el ámbito local y nacional (1800-1837).⁶ Los más escépticos le achacaron un optimismo y una impu-

⁵ Sobre tal convivencia, Alicia Hernández, *La tradición republicana del buen gobierno*, COLMEX/FCE, México, 1993.

⁶ Peter Guardino, *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México, 1800-1837*, Gobernación del Estado de Guerrero, Chilpancingo, 2001 (1a. ed. en inglés, 1996).

tación de racionalidad excesivas al evaluar el papel de los campesinos en los procesos políticos.⁷ Ciertamente, como observó Thomson, Guardino estudió el periodo en que los campesinos tuvieron la mayor influencia posible y dejó de lado la etapa ulterior en que se revertieron los avances conseguidos.⁸ En el nuevo libro, Guardino en cierta manera responde a sus críticos al estudiar una región de mucha menor movilización social. No se encontrará en él una narrativa bienintencionada, pero ingenua y romántica, del "empoderamiento" de los subordinados; el trabajo es mucho más medido que eso. Sin retractarse de sus conclusiones para Guerrero, señala que la movilización de los subalternos en Oaxaca fue menos radical que en aquel estado y los beneficios obtenidos moderados y distintos, y añade que la experiencia oaxaqueña probablemente fue más representativa de lo que sucedía en el país (p. 4).

Guardino toma la ciudad de Oaxaca (antes Antequera) y el distrito rural y casi enteramente indígena de Villa Alta para observar el funcionamiento de la política cotidiana. Al haber escogido unidades de análisis pequeñas, uno esperaría mayor profundidad que en su anterior trabajo que cubría el conjunto de un estado; pero Guardino no aprovecha del todo esta oportunidad. Si bien encontramos discusiones de conflictos específicos que enriquecen nuestro conocimiento de la cultura política de los grupos subordinados, no hallamos la historia política y social de localidades concretas más que en fragmentos. Como

⁷ Jesús Hernández Jaimes, "Actores indios y Estado nacional: Las rebeliones indígenas en el sur de México, 1842-1846", *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 26, 2003, pp. 5-44.

⁸ Thomson, *op. cit.*

se ha visto en otros trabajos recientes, una reconstrucción más detallada, cronológica y completa de pueblos específicos profundiza nuestra comprensión de complejos procesos de cambio y la manera en que los súbditos o ciudadanos comunes los enfrentaron.⁹

De cualquier manera, uno de los aportes más interesantes de Guardino, y lo más encomiable de su metodología, es su escrupulosa recuperación de formas indígenas de gobierno, tan difíciles de identificar tras la independencia. Lejos de imponer los descubrimientos etnográficos del siglo XX al periodo 1750-1850, Guardino avanza nuestro conocimiento apegándose estrictamente a los documentos de la época, tomados principalmente de archivos locales, y utilizando la antropología posterior solamente para iluminar tal información.¹⁰

La inclusión de los plebeyos urbanos, en perspectiva comparativa con los campesinos, resulta novedosa y Guardino argumenta persuasivamente que los humildes del campo estuvieron en mejores condiciones de defender sus intereses que sus homólogos en la ciudad. Sin embargo, la escasez y parquedad de las fuentes para

⁹ Véanse, por ejemplo, Edgar Mendoza, "Distrito político y desamortización: resistencia y reparto de la propiedad comunal en los pueblos de Cuicatlán y Coixtlahuaca, 1856-1900" en Romana Falcón (coord.), *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos, México, 1804-1910*, COLMEX, México, 2005, así como Mary K. Vaughan, *La política cultural de la revolución: maestros, campesinos y escuelas en México, 1930-1940*, FCE, México, 2001 (1a. ed. en inglés, 1997).

¹⁰ Esta práctica resulta más convincente que los métodos más laxos en Florencia Mallon, *Campesino y nación*, CIESAS, México, 2003, cap. 3 (1a. ed. en inglés, 1995).

estos últimos da lugar a una asimetría, advertida por el propio autor y quizá irremediable, en la que en los capítulos de Antequera/Oaxaca destacan la élite y los dirigentes de partido, en detrimento de los sectores más bajos, cosa que no sucede para Villa Alta.

En cuanto a los contenidos sustantivos, en ambas regiones estudiadas, el autor encuentra que las reformas borbónicas fueron aplicadas de manera desigual y contradictoria, por lo que habría que matizar lo decisivo de su impacto. Tras la independencia, para la ciudad de Oaxaca, el autor concluye que, a pesar de que se ensayaron las nuevas formas electorales, acompañadas del auge de periódicos y pasquines, y los plebeyos aprovecharon el discurso de igualdad para defender sus intereses apoyando a los "vinagres" (más tarde federalistas), hubo obstáculos insalvables para el desarrollo de la política liberal tales como los ataques feroces entre partidos y el recurso al apoyo militar externo. Guardino destaca que esto se debió a la ausencia de un espíritu de pluralismo y tolerancia entre partidos y no a la falta de participación de amplios sectores, ni a la permanencia de prácticas corporativistas y clientelares, como han argumentado François-Xavier Guerra y Marie-Danielle Demélas. Resumiendo la situación en palabras de Guardino, se vio tanto el auge como la caída de la política electoral. Así pues, el autor reconoce tanto el papel de "los de abajo", como la introducción de nuevas formas de hacer política, pero lejos de idealizarlos deja muy claras sus limitaciones.

En cuanto al distrito de Villa Alta, ofrece un contraste importante con el caso de Guerrero. En Guerrero los campesinos se aliaron con los federalistas para defenderse de los ataques a la autonomía local y

del aumento de los impuestos. En Oaxaca, concluye Guardino convincentemente (tras una mirada crítica a los trabajos de Rodolfo Pastor y Marcello Carmagnani), las élites toleraron una autonomía local notable, si bien siguieron extrayendo recursos de la población (pp. 224, 229-230). Además los impuestos se mantuvieron en el mismo nivel y en Villa Alta no hubo despojo de las comunidades por parte de terratenientes. Así, el distrito estudiado no se vio en la necesidad de formar alianzas con otros pueblos ni con líderes en el ámbito regional o nacional, a su vez los federalistas de la ciudad no supieron acercarse a la población rural. Sin embargo, sí se aprovecharon aspectos de la nueva cultura política. Escudados en el principio de la igualdad, los pueblos de Villa Alta disminuyeron considerablemente el poder de las antiguas élites locales, ya que cuestionaron los privilegios de nobles y principales y surgieron nuevos líderes jóvenes, bilingües y letrados. Aun así, Guardino apunta que la transición a formas republicanas de gobierno no fue tan suave como lo sugiere Alicia Hernández. También arguye que el empuje del discurso de igualdad no estaba ligado necesariamente a la cuestión de si México debería ser independiente y sería erróneo achacar exclusivamente a este punto los avances en aquél rubro.

El papel de la Iglesia en la política cotidiana es analizado a lo largo del libro, y con mayor amplitud para el periodo anterior a 1810, pero no presenta grandes novedades. Por otra parte, sin tomar una perspectiva de género como eje del estudio, pero sacando buen jugo al ramo judicial de los repositorios locales, Guardino incluye secciones sobre el papel de las mujeres en la economía (principalmente como tejedoras de algodón, aparte del trabajo do-

méstico) y su participación tanto en motivos como en quejas y litigios.

Vuelvo ahora a la tesis de la convergencia como alternativa a la divergencia. Guardino, lejos de polarizar el debate, en las conclusiones del libro reseñado, busca conciliar hasta cierto punto su postura con la de Van Young (pp. 284-285), como si quisiera escapar de la polémica entre este último y Alan Knight.¹¹ Para Guardino hay coincidencia en lo que se consideran las motivaciones de la acción campesina: defender sus propios intereses circunscritos al mundo pueblerino; pero para conseguir estos fines, argumenta el historiador deslindándose de Van Young, será inevitable tener conexiones más allá del ámbito local. Por su parte, Van Young también parece dispuesto a cierta reconciliación al sugerir que la tesis de la divergencia aplica a su periodo de estudio (1810-1821), mientras que en etapas posteriores pudo haber cambios hacia la convergencia. Sin embargo, al mismo tiempo apunta a una diferencia sustancial con Guardino en cuanto a la definición de cultura política. A Van Young le parece indispensable preguntarse por la conciencia de los campesinos indígenas y su capacidad de imaginar la nación.¹²

Por el contrario, Guardino suscribe una definición "blanda" de cultura política que no requiere por parte de los actores un compromiso bien informado, genuino e irrevocable con los principios republicanos, liberales o federales, sino la mera utili-

¹¹ Eric Van Young, "De aves y estatuas: respuesta a Alan Knight", *Historia Mexicana*, vol. LIV, núm. 214, 2004, pp. 517-573.

¹² *Ibid.*, pp. 559-560, y Eric Van Young, "Review of A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850, by Michael Ducey", *The Americas*, vol. 62, núm. 2, 2005, pp. 271-272.

zación o apoyo de estos (ya sea de manera sincera o estratégica) para perseguir sus fines (pp. 70, 73). Además, desde esta perspectiva, no es relevante si los campesinos que protestan conocen al dedillo el manifiesto, queja o petición, redactado por su líder o tinterillo local, sino el hecho de que se unan a la demanda. Para Guardino, aun cuando los objetivos de los subordinados (por ejemplo, la autonomía local) sean más tradicionales que sus medios (el discurso republicano y liberal), no podemos decir que su cultura política sea ajena ni a los problemas nacionales, ni a las novedades de la época. Tampoco cree el autor, a mi manera de ver, acertadamente, que sea necesario asumir que la élite y los subalternos interpretan de igual manera los términos políticos; por el contrario, es precisamente la posibilidad de distintos significados lo que da fuerza a lo que finalmente puede llegar a funcionar como un lenguaje común, con importantes consecuencias en términos de la construcción del Estado-nación (p. 286). Desafortunadamente, la discusión de Guardino sobre la hegemonía es breve y la reflexión de su libro anterior no avanza sobre el uso de términos modernos por los grupos subordinados o sus líderes (pp. 7-9, 286-291). El autor tampoco explica hasta sus últimas consecuencias los presupuestos de su concepto de cultura política, y su conclusión al respecto se ve limitada a la atinada pero breve afirmación de que no podemos seguir imponiendo etiquetas ideológicas fijas a determinados sectores sociales, como han hecho el marxismo y las teorías de la modernización (pp. 2-4, 289-291).

Por su parte Van Young adopta una definición "dura" de cultura política donde el convencimiento debe ser total, como

si las ideas, o los movimientos que dicen apoyarse en ellas, fueran incapaces de desempeñar un papel en la historia, a menos que se defiendan sus principios con absoluta convicción, y como si el historiador pudiera leer las mentes y corazones de los fallecidos para medir su compromiso. Van Young insiste en plantear la pregunta de si los subalternos imaginaron la nación y llevar más allá las fronteras de lo permisible en historia social. Para ello se coloca a la vanguardia de la historia cultural, al utilizar, entre otras, teorías psicoanalíticas, pero también se suscribe a una definición de ideología que resulta excesivamente rígida. A Florencia Mallon, más optimista y atrevida que Guardino, y más influida por el giro lingüístico y los estudios subalternos, también le parece indispensable preguntarse si los campesinos desarrollaron una conciencia nacionalista, si bien tras redefinir el nacionalismo nos da una respuesta afirmativa y por lo tanto opuesta a la de Van Young.

La estrategia cautelosa de Guardino, y su exclusión de la pregunta del sentimiento nacionalista, si bien no exenta de problemas, resulta más convincente que las propuestas de Van Young y Mallon. Asimismo, el concepto flexible de cultura política de Guardino es más útil para analizar los procesos híbridos de la historia mexicana. Los expertos en Oaxaca encontrarán mucho de interés y quizás algunos puntos que disputar. En cualquier caso, la historia social clásica, abierta a nuevas perspectivas, pero circunspecta y rigurosa, como la aquí reseñada, aún tiene cuerda para rato.

Ariadna Acevedo Rodrigo
DIE-CINVESTAV